

Economía feminista basada en la sostenibilidad de la vida y la soberanía alimentaria

¿A qué nos enfrentamos?

Como movimiento feminista y anticapitalista que lucha contra todas las formas de desigualdad y discriminación hacia las mujeres hemos identificado al patriarcado como el sistema de opresión de las mujeres y al capitalismo como el sistema de explotación de la inmensa mayoría de mujeres y de hombres.

En estos 25 años de marcha llegamos a la conclusión que para entender las prácticas de dominio de la sociedad capitalista y patriarcal es necesario que la miremos como un sistema de opresiones múltiples cuyas lógicas de explotación actúan de forma simultánea: en lo económico, lo social y cultural, lo político e ideológico, en los saberes, en lo simbólico-mediático y en lo ecológico, es decir actúa en todos los aspectos materiales y subjetivos de la vida. Observamos que la imbricación de estas opresiones tiene consecuencias diferenciadas sobre los cuerpos y territorios de las mujeres campesinas, indígenas, afrodescendientes, y urbanas, así como de la comunidad LGBTIQ+. Desde aquí reforzamos hoy más que nunca la idea: la liberación de las mujeres de su posición de subordinación es incompatible con la existencia de la sociedad capitalista.

En las sociedades capitalistas nos enfrentamos a la explotación de los seres humanos y de la naturaleza, a un sistema que tiene la capacidad de actualizarse y adaptarse a través del tiempo, que entre sus engranajes tiene la colonización y el colonialismo, el acaparamiento de territorios, el sometimiento de los pueblos afrodescendientes e indígenas, la imposición permanente del binarismo de género y la separación de los seres humanos de la naturaleza.

Nos enfrentamos a la invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados, que no se reconoce como trabajo o actividad económica. Las mujeres viven en un mundo que desconoce los excesos físicos y mentales que asumen como responsables de los cuidados de familias, comunidades, personas dependientes etc. y los efectos negativos de esta distribución desigual de los cuidados en cuanto al acceso a la educación, a empleos dignos, a oportunidades que le permitan desarrollar sus vidas de forma plena.

Desde la economía feminista, señalamos que el capitalismo no solo se apropia de lo que produce el trabajo remunerado sino también de los trabajos que son necesarios para que existan trabajadoras y trabajadores, es decir trabajos no remunerados de cuidados que reproducen la mano de obra a un costo menor que si todo se tuviera que adquirir en el mercado. Es así como la opresión de las mujeres, niñas adolescentes y otras identidades feminizadas sostiene no solo la vida sino el sistema que les oprime.

Esta expropiación e invisibilización de los trabajos de cuidados se fundamenta en la división sexual del trabajo, que consiste en la distribución desigual del trabajo considerado productivo

y reproductivo entre los hogares, el mercado y el Estado y entre varones y mujeres, pero también se sustenta en las vidas racializadas y las migraciones. Aquí la sumisión de los cuerpos y el control de la sexualidad son la grasa que garantiza que los engranajes de la división sexual y racial del trabajo funcionen dentro del sistema y todo esto está legitimado y reproducido por el patriarcado.

Durante los 25 años de luchas de la Marcha Mundial de las Mujeres hemos analizado cómo la falta de autonomía económica y las condiciones precarizadas de trabajo son determinantes en la reproducción de la pobreza en las mujeres y como ésta pobreza feminizada no solo afecta a mujeres, adolescentes y niñas, sino también a comunidades que son condenadas al despojo y la precarización de sus vidas. Estas reflexiones han permeado la visión del movimiento en torno a la defensa de la igualdad, de los derechos y de la seguridad social para todas las trabajadoras, especialmente las migrantes, desplazadas, las trabajadoras del hogar remuneradas y no remuneradas, y pone en el centro de la denuncia el papel de las empresas transnacionales en la explotación del trabajo y los cuerpos y territorios de las mujeres y otras identidades feminizadas.

En el siglo XXI y muy especialmente después de la pandemia los ataques permanentes a las condiciones de vida han significado el fin de un mundo en cuyo horizonte están los trabajos dignos y decentes, nos enfrentamos al fin de los trabajos con derechos.

La normalización de la informalidad es reforzada constantemente por el discurso del “emprendimiento”, el teletrabajo, la extensión de la uberización a nivel global y la idea que cada persona es “capital humano”, normaliza y justifica un mundo laboral sin protección de derechos sociales y económicos. En este contexto, las situaciones de precarización que viven las mujeres en todo el mundo son modelos que las sociedades capitalistas pretenden generalizar como los deseados y “rentables”.

En términos generales la precariedad en la vida es el nuevo régimen de existencia para las mayorías. Sin embargo, esta está repartida de manera desigual entre los territorios del norte global y el sur global, entre las vidas que importan y las que no importan.

Vemos que hay una injusta distribución de los recursos y los medios con los que sostener la vida (bienes comunes: agua, tierra, alimentos, servicios públicos básicos, etc) , pero también existe un injusto reconocimiento de cuáles son las vidas que merecen ser sostenidas. Experimentamos relaciones de opresión y privilegios basadas en el racismo, el patriarcado y la heteronormatividad que dota de desigual valor a la diversidad de vidas, mecanismos concretos que se usan para la jerarquización y el despojo. Entre ellos se encuentra el proceso de disciplinamiento del cuerpo para el trabajo, que vuelve a las personas, así como la naturaleza, en medios para la acumulación, en solo "recursos" para un sistema que pretende ser sostenido a costa de la vida del planeta.

En el actual contexto la necropolítica se torna esencial para el sistema. Enfrentamos a una despiadada clasificación de la vida en: vidas descartables o desechables que no tienen valor, como la de las miles de personas que mueren en las fronteras de Europa, vidas que son más “valiosas” si no existen como pueden ser las de comunidades indígenas que se oponen al extractivismo y cuya desaparición es útil al proceso de acumulación, y vidas con derecho a todo, las cuales podemos limitar a la de personas blancas, de las ciudades, de la burguesía, heterosexuales del norte global.

Los Estados optan por apoyar la lógica de acumulación y su capacidad multiplicadora de desigualdades. Ante las crisis causadas por el propio sistema las salidas propuestas por Estados y Gobiernos alineados con el sistema capitalista, patriarcal y colonialista son mayor desregulación para los mercados, regresión de derechos, privatización de servicios públicos, rescates de bancas privadas, sacrificios de territorios.

Se refuerza un autoritarismo global del mercado y del poder corporativo, en diversos territorios en los cuales se obvian la democracia hasta en las más mínimas apariencias. Se refuerzan cada vez más las extremas derechas y los fundamentalismos religiosos que se suman al proyecto hegemónico de hacer avanzar las privatizaciones, ampliar el rol de las corporaciones, fortalecer la división sexual del trabajo que garantiza cada vez más que las consecuencias sociales de las crisis recaigan sobre los cuerpos de las mujeres, sobre todo de las racializadas, migrantes, de minorías étnicas, desplazadas, del campo y del sur global.

Seguimos viendo con asombro, cómo las mismas recetas fracasadas de los 70 y los 80 del siglo pasado de endeudamientos se siguen aplicando con los mismos resultados desastrosos para los pueblos. Como se repite una y otra vez que el “desarrollo” solo puede ser garantizado por la inserción de las economías locales a la “gran economía mundial”. Y nos preguntamos ¿de qué desarrollo nos hablan? ¿del que se sustenta sobre el expolio de países, sobre la destrucción de los ecosistemas (forestales, marinos, lacustres, fluviales, etc), depredación del medio ambiente, la división sexual del trabajo, sobre la vida y también en la explotación abusiva de los recursos naturales y culturales de los países.? y ¿todos los seres humanos podemos realmente ser parte de ese desarrollo?

Desde nuestra propuesta creemos que no todas, todos y todes podemos ser parte de este modelo, pues el sistema capitalista, patriarcal, y colonialista necesita del sacrificio de vidas y territorios, necesita la expansión de la explotación para garantizar el ciclo de acumulación que lo define. Para nosotras existe una contradicción estructural entre los procesos de valorización de capital y los procesos de sostenibilidad de las vidas y que mientras se privilegien los capitales y sus necesidades la vida siempre estará bajo amenaza. Esto es lo que denominamos el conflicto capital-vida.

Estamos en un momento donde la acumulación capitalista ocurre a costa de la vida, su negación y destrucción. En un momento donde desaparecen especies y ecosistemas enteros, se desahucian personas de todas las edades y con todo tipo de necesidades para rescatar bancos, donde la guerra es un negocio y hasta una forma de “dinamizar economías” o superar “la crisis”. En la agudización del conflicto confluyen diversos fenómenos, la apropiación y privatización de los comunes, la destrucción de las economías de subsistencia, la mercantilización de la vida (semillas, conocimientos, relaciones o formas de comunicación), que implica la penetración de la lógica de acumulación en nuevas facetas.

Hoy, más que nunca el proceso socialmente garantizado es la acumulación de capital. Esto inhibe la responsabilidad colectiva en el sostenimiento de la vida y, más aún, establece una amenaza constante sobre esta.

Economía Feminista para la transformación.

En la Marcha Mundial de las Mujeres la economía feminista es un pensamiento, práctica y apuesta política, con base en la crítica del sistema económico que se impone como modelo único y que limita la vida económica a mercados, inversiones, capital e indicadores de productividad. Desde la economía Feminista de la ruptura proponemos teoría, práctica y movimiento, estrategias para hacer frente al sistema de opresiones múltiples conformado por el capitalismo, el patriarcado, el colonialismo y el racismo, basa en la construcción de alternativas centradas en la producción de sociedades justas, donde el sostenimiento de las vidas esté en el centro.

Partimos de lo cotidiano, del reconocimiento de los trabajos grandes y pequeños que se realizan en las cocinas, en los huertos de las casas, en la mesa del comedor, como experiencias económicas, y así ampliamos los límites de la economía a todos los procesos, relaciones y trabajos necesarios para la sostenibilidad de la vida y no solo a un conjunto de actividades que generan ganancias.

Sabemos que cambiar la concepción y el modelo de cuidado es un motor de transformación social potente. Pero no nos limitamos a visibilizar los trabajos de cuidados, nuestras reflexiones van más allá. Queremos saber cómo la desigual distribución de los cuidados interacciona con el resto del sistema, cómo sirve al capitalismo, qué papel juega el racismo, como las decisiones de los poderes corporativos afectan nuestras vidas y territorios. Nuestra propuesta de economía feminista ofrece una lente crítica a través de la cual podemos comprender y abordar estas cuestiones de forma interconectadas.

La economía feminista que trabajamos y reflexionamos muestra como el sistema capitalista prioriza las ganancias del mercado por encima de la sostenibilidad de la vida. Revela las

tensiones irreconciliables entre la lógica de acumulación y la vida misma. Busca dismantelar un sistema que explota a las mujeres, pero también a la naturaleza, a los pueblos del sur global, a las trabajadoras y trabajadores. Propone alternativas basadas en la corresponsabilidad de los trabajos de cuidado, en la comunidad, defensa de los comunes y la construcción de soberanías alimentarias, comunicacionales, tecnológicas, territoriales y culturales.

La economía feminista no es un «tema» más para nuestro movimiento. La economía feminista articula nuestro proyecto de transformación y contribuye a construir síntesis programáticas y estrategias, sin fragmentar las agendas. Poner en el centro la sostenibilidad de la vida es nuestra propuesta política y la articulamos con las propuestas de soberanía alimentaria, la integración de los pueblos, la construcción del “buen vivir”, y la justicia ambiental.

La economía feminista cuestiona las divisiones y jerarquías entre naturaleza y cultura, público y privado, trabajo comunitario o público trabajo productivo y reproductivo. Destaca la relación entre los trabajos que producen y sostienen la vida, es decir los trabajos de los cuidados y como la vida no solo se sostiene en una base material, sino que lo hace sobre redes de cuidados y afectos construidas por comunidades organizadas en torno a las vidas humanas y de otros seres.

Entre nuestros retos políticos tenemos la comprensión del tiempo más allá de la linealidad tratando de abarcar las complejas relaciones entre el presente, pasado y futuro en los procesos que sostienen la vida, aprender de las prácticas e historia de los pueblos recurriendo al conocimiento local, y una nueva comprensión del trabajo desde el análisis de su organización, sus divisiones, el para qué se hace y para quién se hace. Así mismo, nuestra reflexión sobre el trabajo y el tiempo nos lleva a pensar sobre el descansos, placer, comunidad, familia, cuidado y autocuidado.

Cuestionamos el progreso centrado en un crecimiento sin límites de acumulación, consideramos que el conflicto capital - vida es un conflicto estructural e irresoluble que caracteriza el sistema de dominación múltiple que habitamos. Intentamos desarrollar una visión completa de este sistema biocida, entendiendo que se trata de un sistema socioeconómico que jerarquiza las vidas entre unas pocas que importan mucho y otras que son desechables, que obvia la eco-dependencia de los seres humanos con el resto de los seres vivos y el planeta. Que niega la interdependencia y la vulnerabilidad de todas las personas y que las necesidades y deseos son satisfechas plenamente en comunidad.

La economía feminista es una propuesta para el común que surge de las reflexiones y acciones de las comunes. Se nutre cada día de nuestras experiencias cotidianas tanto como de las reflexiones de las académicas feministas. Son alternativas que ya se han materializado en experiencias pequeñas y grandes de mercados campesinos, cooperativas de mujeres o huertos

comunitarios etc tanto como de la recuperación de conocimientos, prácticas ancestrales, saberes endógenos y saberes locales.

En nuestro andar abrazamos conceptos como el de territorio que entendemos como algo que contiene saberes, amores, creencias tanto como los medios para alimentarnos, proporcionarnos abrigo, intercambiar conocimientos, a través del territorio nos reconocemos y construimos identidades. El territorio juega un papel crucial en la perspectiva de economía feminista dentro de la Marcha Mundial de las Mujeres, pues permite la exploración de conflictos relacionados con los recursos y la formación de identidades políticas colectivas. El concepto de Territorio sirve como base para la construcción de un sujeto político como proceso necesario para la transformación y emancipación.

En nuestro análisis ponemos foco también, en cómo el colonialismo se actualiza o persiste. Cómo la heteronormatividad disciplina nuestros cuerpos y facilita individuos dóciles al sistema que nos oprime. Cómo el neoliberalismo produce y reproduce precariedad tanto en el norte como en el sur global. El papel que juegan las guerras, las corporaciones multinacionales, el supremacismo blanco, los fundamentalismos religiosos, y la avanzada de la extrema derecha.

La economía feminista que proponemos desde la Marcha Mundial de las Mujeres no cree en conciliaciones con el sistema capitalista, se nutre del feminismo popular y el internacionalismo feminista, reconoce la diversidad de luchas de las mujeres, la educación popular como metodología para la reflexión, formación y la acción, las alianzas con movimientos afines a las luchas por los comunes.

Nuestras propuestas

Una economía radicalmente crítica centrada en la comprensión crítica y plural del sistema económico dominante y en la construcción de alternativas, en la profundización de los análisis, en la enseñanza e investigación de aspectos esenciales para la reproducción social y el sostenimiento de vidas que merezcan ser vividas como: seguridad social, soberanía alimentaria, empleo digno, por nombrar algunos.

Una economía centrada en las comunidades de mujeres y diversidad de pueblos que también, aborda las dinámicas de poder y las desigualdades presentes en las estructuras económicas y sociales hegemónicas o tradicionales haciendo hincapié en la propiedad colectiva, la igualdad de género, la reforma agraria, el empoderamiento de las mujeres, la educación ideológica política, el desarrollo de capacidades técnicas y empresariales, el derecho de las mujeres a la propiedad, el derecho a la salud reproductiva, el derecho a la descendencia, el derecho a los recursos naturales, el derecho a la seguridad social, el derecho a un medio ambiente sano, el derecho a la educación y la formación, la agroecología y la agricultura sostenible, los modelos cooperativos y la garantía de la seguridad social de las mujeres y otras comunidades excluidas.

La sostenibilidad de la vida como principio central

Las militantes de la Marcha Mundial de las Mujeres afirmamos que poner la sostenibilidad de la vida en el centro significa:

1. Libre autodeterminación de los cuerpos y los territorios.
2. Volver la mirada a nuestra historia, memoria, conocimientos y prácticas ancestrales.
3. Cambiar la manera de consumir, producir, reproducir la vida y el intercambio para su sostenimiento.
4. Adoptar la producción, transformación y consumo sostenibles en nuestras prácticas
5. Visibilizar, reconocer y, sobre todo, reorganizar el trabajo doméstico y de cuidados, con corresponsabilidad entre varones, comunidades, Estado y mujeres.
6. Aplicar prácticas laborales justas que garanticen los derechos de las y los trabajadores, salarios justos y condiciones humanas.
7. Eliminar el despilfarro de la producción con fines lucrativos y, en su lugar, centrarse en economías basadas en las necesidades, que conserven los recursos.
8. Transición hacia prácticas sostenibles que den prioridad al equilibrio ecológico.
9. Concebir sistemas de justicia que no refuercen la opresión y reconozcan la ciudadanía de migrantes y de la diversidad de identidades sexuales; pueblos soberanos y democracias
10. Servicios públicos que garanticen la reproducción social y Estados que construyan desde lo común el reconocimiento de valores comunitarios.
11. Estados que midan y visibilicen las contribuciones de las mujeres a la reproducción, producción y las economías nacionales.
12. Desmercantilización de la vida y el fin del poder de las transnacionales.
13. Enfrentar la financiarización de la vida y el endeudamiento.
14. Fortalecer la economía real, la economía al servicio de la humanidad, en armonía con el planeta y el resto de sus habitantes.
15. Cambiar a energías renovables y economías circulares para reducir la degradación medioambiental.
16. Potenciar los sistemas de producción locales y comunitarios para reducir la dependencia de las cadenas de suministro mundiales explotadoras.
17. Garantizar que el “desarrollo económico” no esté sobre el buen vivir de las personas y las generaciones futuras.
18. Facilitar el acceso universal a la educación y la sanidad como derechos fundamentales, garantizando la reproducción del conocimiento y el bienestar de las generaciones futuras.

El Buen Vivir

Cuando hablamos de Buen Vivir o Vivir Bien planteamos una ruptura radical con la lógica productivista, de consumo y de crecimiento para sustituirla por la lógica de la sostenibilidad ambiental, social y reproducción social.

El Buen Vivir o el Vivir Bien proviene de las cosmologías andinas, y no significa vivir mejor que hoy, ni mejor que los demás, tampoco es una preocupación constante por mejorar la vida, sino simplemente una vida buena, en armonía y equilibrio con las necesidades de los demás seres vivos y el planeta. Es vivir en sociedades buenas para todas y todos, sin exclusión ni opresión, con sentido de comunidad y en libertad.

El Buen Vivir o Vivir Bien es un concepto en construcción que se nutre de las experiencias comunes, ancestrales y de la diversidad de cosmogonías y formas culturales, se nutre de lo común y es para el común, de la responsabilidad colectiva del sostenimientos de la vida. El buen vivir o vivir bien no es sinónimo de consumo y mucho menos de vivir a costa de la vida de otras u otros.

Como propuesta en la que activamente trabajamos en la Marcha Mundial de las mujeres nos toca seguir aportando desde preguntas como:

¿Qué es una vida digna? ¿Qué hace que una vida sea vivible? ¿Cómo entendemos por felicidad, necesidades o deseos?, ¿Qué papel juega el Estado, la comunidad y la ciudadanía?

Y sobre cuáles son las formas de producción y reproducción que hacen posible el Buen Vivir en el ahora sin poner en riesgo el Buen Vivir en el mañana.

Soberanía alimentaria y agroecología

Repensar el tiempo y el trabajo en la relación con la naturaleza es uno de los planteamientos de la soberanía alimentaria, una de las propuestas políticas más potentes que se entrelazan con la economía feminista. Abrazamos la propuesta de la Vía Campesina de construir soberanía alimentaria sobre seis pilares:

1. Priorizar los alimentos para los pueblos;
2. Valorar a quienes producen los alimentos;
3. Acortar las distancias de los sistemas alimentarios enfrentando los agronegocios y los acuerdos de libre comercio.
4. El control local sobre el territorio, las semillas y el agua.
5. La Agroecología y el desarrollo de conocimientos y habilidades autóctonos
6. El trabajo y el cuidado con la naturaleza y la defensa de la premisa de que la agricultura campesina enfría el planeta y se opone a las falsas soluciones del mercado para la crisis climática.

Las mujeres campesinas son protagonistas en la construcción de la soberanía alimentaria, en la conservación de las semillas locales, de la biodiversidad y en la defensa de los territorios y modos de vida.

Reconocimiento de la interdependencia y eco dependencia

Los principios de interdependencia y eco-dependencia son fundamentales en la lucha por la justicia climática y la visibilización y revalorización de los trabajos de cuidados. Reconocer la interconexión de todas las formas de vida es crucial para desarrollar estrategias que sean equitativas y sostenibles. Esta perspectiva es particularmente importante en la lucha por la soberanía alimentaria y la justicia ambiental, donde la economía feminista, y las comunidades locales se unen para desafiar la dominación de las corporaciones transnacionales.

Al construir alianzas estratégicas a través de movimientos y territorios, podemos crear una fuerza poderosa para el cambio. Estas alianzas se basan en la comprensión de que la verdadera sostenibilidad sólo puede alcanzarse cuando se satisfacen las necesidades de las personas y del planeta en armonía.

Soberanías populares

Construcción de soberanías populares entendiendo que es el derecho que tienen los pueblos a ejercer autoridad sobre sus territorios, conocimientos y saberes, comunicaciones, producción de alimentos y energía, formas de gobierno y autogobierno. Un pueblo o comunidad soberana son aquellos que tienen el control democrático de los procesos y sistemas sociales que garantizan su existencia. Las soberanías populares se construyen desde el reconocimiento de acumulados de conocimientos y prácticas,

Construcción del sujeto político feminista

Es la construcción de un “*nosotras*” que reconoce las formas de opresión tanto como las fortalezas que se tienen para transformar las realidades que nos oprimen.

Somos un colectivo de mujeres que se sabe protagonista de un proceso, que entiende que hay que pasar de lo individual a lo colectivo, que hay que construir acuerdos y propuestas, pues no, solo se trata de hacer la denuncia o expresar nuestra oposición, también se trata de tener una alternativa de mundo, una visión compartida sobre el Buen Vivir, la economía, el estado y la democracia y para esto nos comprometemos en la construcción del sujeto político feminista y emancipador, a través de la pedagogía feminista popular, la investigación y acción participativa, comunicación feminista y popular, y la construcción colectiva de una marco común de interpretación de las realidades.